

EL MOVIMIENTO SE DEMUESTRA ANDANDO, EL DESTINO TRABAJANDO: LA MOVILIDAD ESTÁTICA DEL POSMACHISMO

Miguel Lorente Acosta

Confundir movimiento con desplazamiento es como tomar progreso por avance. La historia repetitiva es más una consecuencia de la continuidad invariable que de la aparición de situaciones similares tras un periodo distinto entre cada una de ellas. Presentar una realidad por otra es algo de lo que saben mucho quienes intentan ocultar cada una de las realidades camufladas, ocurre en violencia de género y sucede con el contexto que da lugar a ella, la desigualdad.

Si ha habido una revolución silenciosa en estos últimos siglos ha sido la de la Igualdad, una revolución que por las propias circunstancias que la han caracterizado, y en parte también por la lentitud con que se ha producido debido a las resistencias encontradas, ha estallado como normalidad hace tan sólo unos años atrás, a pesar de llevar más de dos siglos de evolución. La resistencia tradicional ahora sigue una nueva estrategia: el posmachismo, un último intento de detener definitivamente el avance de la igualdad (no sólo de las políticas de igualdad) y de recuperar parte del terreno que consideran perdido. Pero sobre todo de volver a ocupar la posición de referencia en la sociedad a través de los valores tradicionales de la desigualdad, y desde la que dar sentido y significado a la realidad.

El posmachismo pudo cristalizar como tal posicionamiento crítico contra los avances de la igualdad y del feminismo al coincidir con el contexto social, político y cultural de la posmodernidad, y hacer que la percepción de la realidad se viviera como una crisis interna. Hasta ese momento los problemas habían sido vividos como elementos externos que podían modificar las circunstancias en que se desarrollaran los nuevos acontecimientos, pero manteniendo las referencias establecidas sobre los valores asentados por la cultura.

El contexto de las reivindicaciones feministas especialmente derribando las murallas entre lo público y lo privado y destacando cómo el poder necesita interactuar entre lo

macro y lo micro para reforzarse y evitar de este modo el recurso a mecanismos extremos, la incorporación de propuestas y personas a las instituciones, la liberación práctica de las mujeres a través de su autonomía e independencia respecto a los hombres, especialmente con la transformación de la vivencia de la sexualidad y el distanciamiento de los roles tradicionales de esposa y madre, amparados por normas que venían a consolidar toda esa transformación, no suponía un simple cambio de contexto, sino que en realidad venía a significar un cuestionamiento de la propia identidad de los hombres construida sobre su rol de maridos y padres alrededor de una mujer que debía ocupar la posición de esposa y madre. Esta división actuaba como una especie de balanza que se mantenía en equilibrio en esa distribución polarizada y desde la que se desarrollaba el resto de las funciones, pero también, lo que quizá podía resultar más relevante, sobre la que construir su propia imagen y el reconocimiento a partir del componente intersubjetivo que debía reforzar su identidad.

En estas circunstancias si fallaba la primera condición y las mujeres no ocupaban su rol esencial de esposas y madres, la identidad masculina sobre las funciones de esposos y padres se desmoronaba, tanto por el temor al rechazo como por las consecuencias que surgían en unas circunstancias más iguales con un pacto en la distribución de los papeles dentro de la relación distinto.

Es así cómo las circunstancias socio-políticas aportaron las referencias para que desde la posición tradicional de los hombres se llevara a cabo la reflexión sobre los logros alcanzados por el feminismo y por las reivindicaciones de las mujeres, pero la vivencia de esa situación como una crisis interna que transformaba la propia esencia de lo que significaba ser hombre fue dada por el ambiente de la posmodernidad. Este hecho hizo que en lugar de interpretar lo acontecido con referencia al género y a la igualdad como un ataque o, simplemente, como una cesión de espacio y desconsiderarlo e interpretarlo como un logro más del movimiento de mujeres sin repercusión alguna en el status de poder de los hombres, fuera valorado como una amenaza clara a las referencias tradicionales, y que todo ello se viviera como una crisis. Una crisis que había que superar a través de una respuesta adecuada a esas nuevas circunstancias, tanto con relación a los contenidos a abordar como en la forma de llevarlo a cabo.

Esa respuesta es el posmachismo vivido en cada una de las personas, especialmente los hombres que comparten esa percepción y actitud crítica frente a lo ocurrido, de ahí que al igual que Jean Fracois Lyotard habló de la “condición posmoderna”, podamos hablar de la condición posmachista.

El posmachismo aparece íntimamente ligado a la posmodernidad, aunque también muestra elementos diferenciales y puntos de conflicto, como no podía ser menos en elementos nacidos de situaciones de crisis, pero es más trascendente su vinculación para entender todo el alcance de su relación, pues hubiera sido difícil entender una reflexión de la posmodernidad sin incluir en su crítica los elementos relacionados con el género, el feminismo y la crítica al status tradicional del patriarcado, y al mismo tiempo habría sido imposible el surgimiento del posmachismo como parte de un cuestionamiento sobre las consecuencias y las implicaciones que todos los cambios sociales tendrían sobre la identidad masculina y el status construido sobre ella.

La relación entre ambos planteamientos es estrecha en el nacimiento y estructuración, si bien conforme van evolucionando el distanciamiento se hace mayor, en gran medida debido al distinto carácter que tenía cada una de las posiciones, pues sin bien la posmodernidad nace de la crítica a los enunciados de la Ilustración ante las nuevas circunstancias y la percepción de su fracaso, el posmachismo impregnado de estos valores en su inicio, conforme ganó velocidad, fueron desprendiéndose para revestirse de un interés claramente utilitarista en la consecución de objetivos concretos que pasaban por reforzar los valores clásicos del patriarcado.

EL CONTEXTO DE LA POSMODERNIDAD

Durante la segunda mitad del siglo XX fueron confluyendo una serie de corrientes surgidas inicialmente como movimientos estéticos en el campo de la literatura, de las artes plásticas y de la arquitectura con el elemento común de romper con los elementos del modernismo, especialmente con relación a su componente vanguardista de experimentación, innovación y superación de lo cotidiano; posteriormente se vieron ampliados a otros ámbitos, especialmente al de la filosofía con la ya referida obra de Lyotard, “La condición posmoderna”, publicada en 1979, libro que contribuyó a la popularización del término.

El elemento común compartido por todas estas corrientes es la idea de que el proyecto modernista había fracasado en su intento de conseguir una renovación radical de las formas tradicionales del arte y la cultura, pero también del pensamiento y la vida social, tanto en sus contenidos como en la forma de alcanzar la buscada renovación.

El contexto de la posmodernidad venía caracterizado por la sensación de fracaso y la exigencia de adoptar nuevas iniciativas para conseguir superar la situación creada. Quizá por la necesidad de superación, no de cambio de rumbo, las críticas se dirigieron hacia el origen del modernismo y contra la Ilustración, y se planteó que el núcleo ilustrado ya no era funcional en un nuevo contexto social caracterizado por la multiculturalidad debido a su carácter etnocéntrico y autoritario, propio de una concepción patriarcal de la sociedad. Según esta reflexión había que dirigir el foco de la reflexión y las medidas que salieran de ella hacia iniciativas que rompieran con esos planteamientos para, así, poder superarlos.

Los factores que influyeron para aglutinar toda esa visión crítica y transformarla en una posición desde la que proceder a la revisión de los planteamientos tradicionales desde una idea rupturista, estaban presentes en las principales ámbitos de la vida social, política y cultural, por eso las corrientes posmodernas fueron tan amplias y diversas, y abarcaron prácticamente a todos los espacios de la sociedad. Entre las características más destacadas encontramos que dentro del contexto histórico-social la época venía dominada por una sensación de desencanto que lleva a la renuncia de la utopía de las ideas de progreso, y como ocurre en alguna ocasión con los estados de ánimo hipotímico en las personas, la economía pasó de estar basada en la idea de producción a una economía de consumo. Los medios de masas pasan a ocupar una posición relevante y se convierten en centros de poder por la transmisión de la información y por su capacidad de influir sobre la sociedad, circunstancia que es aprovechada por posiciones interesadas para acabar con las figuras carismáticas y referentes, que son sustituidas por pequeños ídolos de ámbito más reducido y caducidad fijada. Gracias a la influencia de los medios estos nuevos líderes son presentados como transmisores de la verdad, hasta el punto de ser un argumento utilizado coloquialmente cuando se entra en discusión sobre algún tema (no es infrecuente oír “lo ha dicho la tele”, “lo he oído en la SER, en Onda Cero, en la COPE,...”, o “venía en tal diario o en aquel otro”), hasta el punto de que se llega a decir que si no aparece en los medios, no existe, al menos para

la sociedad en su conjunto, circunstancia que se observa en la mayoría de la investigaciones científicas de relevancia, que al contrario de lo que ocurría años atrás, ahora presentan sus resultados simultáneamente en los medios de comunicación y en la publicación científica. Esta nueva situación lleva a que el marketing pase a ocupar una posición trascendente al interesar más en la práctica lo que llega al público y cómo lo hace, que el contenido en sí del mensaje o información, que siempre mantiene la posibilidad de ser matizada o moldeada. Estas circunstancias hacen que pierdan trascendencia las ideologías y el núcleo o esencia de la realidad, y sean sustituidas por la del mensaje lanzado y el grado de convicción que puede tener a través de la imagen generada, una elaboración muy artificial dirigida a acercar la sociedad a los planteamientos desde los que se mandan los mensajes, pero que en realidad aleja al receptor de una realidad mediatizada y mediada por los propios emisores, y en cierto sentido, creadores de la información.

Todos estos factores y circunstancias conforme arraigan en un periodo de tiempo caracterizado por profundas convulsiones y transformaciones, materializadas en hechos como la caída del Muro de Berlín, en 1989, y el final de la Guerra Fría, el nuevo paradigma mundial de la Globalización y sus repercusiones socio-económicas y político-demográficas, y el triunfo del neoliberalismo, influyen sobre la sociedad y hacen aparecer una actitud común caracterizada por una estrecha vinculación a vivir el presente, no sólo como tiempo o espacio delimitado, sino junto a un ensalzamiento de su significado, de ahí la revalorización y búsqueda de lo inmediato y del individualismo. El individuo pasa a ser la gran referencia en un momento en que, paradójicamente, la personalidad individual queda diluida en el grupo, quizá en contraprestación se produce una reacción en busca de la liberación personal a través de atajos que no llevan a ningún lugar, pero que les permite creer que lo consiguen por medio del culto al cuerpo y a la imagen, como si la transformación externa fuera consecuencia de un cambio interior. Al mismo tiempo el individuo interioriza los valores sociales expuestos y rompe con los idealismos, las posiciones individuales vienen caracterizadas por el relativismo y el subjetivismo, y lo público queda diluido entre lo de todos y lejano, como algo relacionado con cada uno de ellos, casi como un espacio virtual, o como un pasillo que se recorre para ir a cada uno de los mundos individuales (profesional, familiar, ocio,...) caracterizados, a diferencia de lo público, por la proximidad, inmediatez y materialidad. Son mundos que se palpan y se sienten, el espacio público con ocasiones sólo es percibido como algo negativo y

amenazante. Se produce de este modo una visión egocéntrica que facilita el abandono del esfuerzo como valor o de las ideas de auto-superación, y se cree más en las posibilidades de la tecnología que en las personas.

El contexto de la posmodernidad genera esta condición posmoderna en las personas, y estos individuos son los que se enfrentan a la posmodernidad para superarla. De ahí nace el concepto propuesto por Jean Francois Lyotard de “condición posmoderna”; no se trata de respuestas más o menos parecidas ante determinados estímulos procedentes de un contexto concreto, sino de una reacción transformadora de la propia actitud de las personas que da lugar a una situación común en la forma de enfrentarse a los acontecimientos y de dar significado a esa realidad transformadora, circunstancia que condicionará la respuesta destinada a superar esa situación, tanto desde el punto de vista general, como a la hora de abordar determinados ámbitos y espacios en los que el conflicto adquiere una características particulares, como ocurre con la liberación de las mujeres y el posmachismo reactivo.

LA CONDICIÓN POSMACHISTA

El posmachismo fue acuñado por la posmodernidad desde los momentos iniciales, cuando la crisis de finales de siglo comenzó a corroer las tuberías que transmitían los valores de una generación a otra, y se produjeron las primeras fugas que formaron el barro que poco a poco fue modelado hasta crear toda una actitud crítica contra los avances conseguidos hacia la igualdad real y la incorporación de las mujeres a la vida pública.

El posmachismo aparece en una fase avanzada de la posmodernidad y cuando esta rompe su planteamiento sobre la estética y se convierte en el núcleo de la reflexión filosófica y del saber. Existen elementos comunes que dan significado y coherencia a su aparición, entre ellos destacamos el hecho de que su nacimiento procede de una crisis vivenciada como un fracaso y generadora de un cierto desencanto y desasosiego, pero en el posmachismo, a diferencia de la posmodernidad, que parte del presente para cuestionar el pasado inmediatamente anterior, la crítica nace en la crisis del presente, pero viene a cuestionar el futuro resultante de la consolidación del momento actual, para lo cual recurre a las referencias del pasado alrededor de los valores del patriarcado.

Ni una ni otro surgen de los cambios o de las crisis, sino que nace por los cambios. Se trata de fenómenos reactivos y no van a favor del tiempo (no son evolutivos) ni de la dinámica (no forman parte armónica del contexto crítico), sino que buscan un espacio propio para tratar de superar la crisis desde una posición de ruptura. Una quiebra que en la posmodernidad intenta romper con las referencias de la Ilustración, y que en el posmachismo intenta minar el proceso evolutivo del feminismo y del movimiento de mujeres para restaurar las referencias patriarcales sustituidas o desplazadas.

Las características de atemporalidad y reacción que muestran la posmodernidad y el posmachismo hacen que en sus planteamientos predominen la crítica a la situación presente sin una reivindicación de los valores que defienden o que intentan hacer prevalecer, al menos de manera explícita, y sólo aparecen reforzados como consecuencia del ataque a las críticas vertidos contra ellos. Esta circunstancia reviste a las propuestas de la posmodernidad y del posmachismo de una aparente neutralidad muy útil a la hora de conseguir adeptos que las secunden, y de facilitar su incorporación a los planteamientos más diversos, aunque ello impida formar una estructura coherente que dé significado a las diferentes acciones, algo secundario ante la importancia objetiva de conseguir logros basados en la crítica y la ruptura, pues de este modo, si se consigue contrarrestar lo que actúa contra lo previamente establecido, al final lo que se consigue, sin necesidad de hacer ninguna propuesta ideológica, es que permanezcan los valores de los planteamientos asentados sobre el orden existente.

En el caso del posmachismo, al haber surgido en esa fase adelantada de la posmodernidad, el elemento reflexivo general queda muy limitado ante la vivencia de la crisis particular del género y la liberación de las mujeres de los vínculos históricos al rol femenino, circunstancia que contrastó más en ese ambiente posmoderno de cierto desencanto y resignación en el que, sobre ese fondo gris, se produjo el estallido luminoso del éxito de las reivindicaciones feministas, circunstancia que incluso fue incluida como una de las propuestas de la posmodernidad para superar el periodo oscuro de la Ilustración apagada en todas sus manifestaciones (culturales, sociales, políticas, filosóficas,...) Estas circunstancias de una posmodernidad avanzada y reconocedora también del feminismo y la vivencia de una crisis privada, en el sentido de afectar al género y a sus ramificaciones sobre la vida privada, permitió que la primera

reacción desde las posiciones patriarcales se tradujera en una expresión más visible y directamente vinculadas a las posiciones tradicionales basadas en el dominio y sometimiento de las mujeres a través de la violencia, aunque adaptada a las circunstancias del momento. Fue lo que hemos denominado como “tardomachismo”, y vino caracterizado por los “micromachismos” como forma de ejercer esa violencia invisibilizada tras las conductas y actitudes aparentemente ajenas a ella.

La continuidad del tardomachismo como estrategia principal habría dado lugar a un desenmascaramiento del diseño, como de hecho ha ocurrido con su identificación y definición, al igual que antes había sucedido con otras formas de ejercer la violencia, que eran consideradas como “normales” hasta que el conocimiento las puso en evidencia. El posmachismo nace de ese contexto para intentar reconducir la situación en un intento de superarla para conseguir la continuidad de las referencias patriarcales como estándares generales, y por ello se aleja de la consideración del problema como una crisis privada y traslada la crítica y la estrategia a un contexto general. Sobre esta idea mantiene como objetivos las actuaciones críticas contra la igualdad, las reivindicaciones y los logros conseguidos por las mujeres, desmarcándose de las acciones puntuales ante problemas concretos que puedan surgir en determinadas relaciones de pareja.

La expansión del posmachismo llega hasta la reflexión analítica para intentar dar un significado a los acontecimientos con el objeto de establecer las respuestas adecuadas, y hacerlo de una forma armónica con los factores del momento histórico, y eficaz en cuanto que capaz de superar obstáculos que pudieran existir en esas circunstancias, y así conseguir sus objetivos. De alguna manera, tenía que revestirse de posmodernidad para después, una vez vencidas las dificultades, poder desarrollar su estrategia particular, que a diferencia de la posmodernidad no buscaba un futuro sobre la crítica del pasado, sino un refuerzo del pasado sobre la crítica del futuro que podría surgir de no actuar sobre el presente.

Desde las posiciones masculinas más reflexivas se percibe el enfrentamiento frontal y la oposición rígida ya no podrían ser efectivas, pero también que no se trataba de cesiones temporales a las reivindicaciones de las mujeres que podrían ser recuperadas en momentos posteriores, cuando la “moda” o la “fiebre” se pasaran o pudieran ser detenidas. La estructuración de los logros del feminismo unida a la transformación social

y al significado del momento desde una perspectiva diacrónica, presentaban el escenario como una seria amenaza que tenía que ser abordada con nuevos planteamientos, posición esta que pudo germinar gracias al terreno fértil de la posmodernidad. La actitud caracterizada por una especie de “diáspora hacia el encuentro” como necesidad de emprender una búsqueda para encontrar elementos comunes sobre los valores y las ideas a defender, hace que se inicie esa exploración y que como consecuencia de ella, al partir de posiciones individuales y de interpretaciones particulares, se produzca una confluencia de subjetividades que dará lugar a una de las características del posmachismo en cuanto a las formas de llevar a cabo sus críticas: la diversidad de ideas reducidas a cuestiones muy concretas revestidas de una aparente neutralidad. Esta característica puede llevar al conflicto entre los distintos planteamientos o incluso a la incongruencia si se hace un análisis de conjunto, pero esa posibilidad queda en un segundo plano ante la importancia de actuar sobre hechos concretos para reforzar las ideas sobre la crítica de las actuaciones que actúan contra ellas.

Todo ello parte del individuo como referencia, un individuo que, aunque pueda parecer confuso o paradójico, no siempre es la persona, y nunca lo es cuando nos referimos a los hombres y a la reflexión sobre la masculinidad, puesto que la respuesta, aún partiendo de ellos como individuos nace de la vivencia de una identidad común cuestionada. De repente, la masculinidad patriarcal entendida y vivida como la referencia única para todo el orden social, dentro del cual, pero como un espacio reducido y diferente en cuanto a las funciones a desarrollar se encontraba la feminidad o el mundo de las mujeres, sin más trascendencia que su carácter particular y sometido a la posición dominante de los hombres, percibe que hay algo más que se presenta como referencia y que lo hace no sólo como alternativa, sino cuestionando la posición patriarcal. Se toma así conciencia de la “masculinidad delimitada” de ese todo general de la cultura y la sociedad, y se detecta un espacio difuso identificado como “todo-ese-otro-algo más” en el que se perciben elementos claramente críticos y hostiles, pero otros más reflexivos y filosóficos, circunstancia que genera una inquietud y cierta desorientación. Estos factores influyen más en determinadas subjetividades, que son las que inician la reflexión a partir de esa transformación interna que da lugar a una nueva forma de entender y enfrentarse a la realidad, en lo que denominamos la condición posmachista.

La condición posmachista se nutre de la posmodernidad y aprovecha sus elementos en su reflexión particular sobre el avance de las mujeres, para alcanzar sus objetivos. Uno de los más utilizados ha sido el de la imagen. Ya hemos comentado como la posición del tardomachismo era ineficaz a la larga por suponer una continuidad con las estrategias clásicas de los hombres, por ello el posmachismo necesita crear su propia estética y romper con la imagen rancia y viril del machismo, con la idea de hacer que sus propuestas e ideas tengan credibilidad y no sean identificadas con una posición dirigida a mantener el poder masculino.

De alguna manera necesita “feminizarse” en su estética, tanto en la forma, se preocupan por la imagen, ropa, moda, el qué dirán, resultar atractivo,... y adoptan elementos de identidad grupal sobre estos elementos (yuppies, metrosexuales, urbanitas, vigorexia,...) como en el fondo del modo de presentarse, en el que se observa que hay un recorrido que intenta una “igualación” con la posición tradicional de las mujeres y con sus roles, así, por ejemplo, se reivindica la figura de los hombres como padres, se recurre a la utilización de la imagen del hombre como objeto en la publicidad, se le ridiculiza en series de TV y anuncios por mujeres, se presenta la prostitución masculina como una situación equiparable a la de las mujeres, e incluso, últimamente, en una campaña publicitaria de una prenda de vestir, una cazadora llamada “chaqueta Google” que cuenta con una capucha cerrada, se habla de burkha masculino, como si fuera lo mismo y tuviera el mismo significado.

Esta estética incorpora a la mujer como su gran aliada y como defensora de estos hombres en su papel de compañeros ideales, pero va más allá para, no sólo encontrar el respaldo de muchas mujeres, sino que también reproducen las formas e incorporan algunas de las estrategias de la lucha histórica del movimiento de mujeres. Bajo este diseño se organizan en grupos muy diferentes, pero todos con el objetivo común de la defensa de lo masculino, llevan acabo acciones similares a las del movimiento feminista, e intentan llegar a la sociedad demandando respuestas y soluciones a un problema que es de la sociedad, no sólo de los hombres.

El relativismo dominante de la posmodernidad es aprovechado para, al mismo tiempo que se habla de los problemas que afectan a las mujeres, compararse a ellas y presentarse como víctimas o hacer referencia a situaciones de discriminación o a las

dificultades para desarrollarse como padres. Y se va más lejos en esta dirección para recurrir al igualitarismo en sus reivindicaciones y en la crítica hacia las mujeres, que es confundido con la igualdad como valor asentado en los Derechos Humanos, pues mientras que esta es exigible y universal, la matemática del igualitarismo siempre se puede controlar y dosificar desde una posición de poder.

Esta imagen del posmachismo se ve reforzada con otras de las características de la posmodernidad incorporada a su estrategia: el mensaje. El posmachismo no cuenta con una ideología propia, en el sentido de diferente a los planteamientos patriarcales, y sólo busca neutralizar y contrarrestar las reivindicaciones del movimiento de mujeres para que continúen prevaleciendo las ideas dominantes de la tradición. La reflexión y acciones del posmachismo se presentan, por tanto, inconexas y aisladas sobre cada una de las cuestiones que quieran ser neutralizadas, y en lugar de ir acompañadas de una valoración profunda sobre el significado de sus propuestas, lo que se busca es jugar con la idea del mensaje y las estrategias de marketing, para así impactar en la sociedad y obtener rentabilidad inmediata sobre cuestiones puntuales que generalmente afectan a los grupos que las tratan de contrarrestar, aunque entre en conflicto con el mensaje de otros grupos. Al final el objetivo es que la suma de todos cuestione la situación general incidiendo sobre amplios sectores de la sociedad, algo que se consigue con esa estrategia activa y sumatoria.

Toda la estrategia de marketing basada en la imagen y los mensajes culmina con la delimitación de sus referencias y mediante el refuerzo de su identidad. Tiene que quedar muy claro “lo que no son”, pues la actitud de feminización que adoptan para darle credibilidad a su mensaje puede generar cierta desorientación, circunstancia que tratan de evitar manteniendo unos límites nítidos respecto a todo aquello que no debe ser confundido con sus posiciones. No importa tanto tener una identidad clara y fácilmente reconocible, algo contrario a la estrategia de camuflaje y difícil ante la subjetividad y el relativismo imperante, como el no ser confundido con “otras identidades”, de ahí que recurran a lo que hemos denominado “identidad por contraste”, en el sentido de definirse en negativo y buscar más un “yo soy en cuanto que no soy tú” que definir una identidad en positivo. De este modo la homofobia está muy presente en muchos de los discursos, tanto en el plano sexual (homosexualidad) como en el de las ideas, especialmente contra los hombres feministas, que son considerados como traidores, falsos hombres, hombres

sometidos, sin personalidad, criterio o carácter,... y toda una serie de calificativos que tratan de demostrar con sus ideas e implicaciones. Algo muy parecido a lo que luego definen en los niños cuando por distintas causas muestran un rechazo hacia el padre, que en lugar de intentar averiguar las razones los consideran alienados. No me extrañaría que pronto saliera alguien con el “síndrome de alienación masculina” para explicar las posiciones de los hombres que critican la desigualdad, y así sentirse ellos más seguros y tranquilos en sus posiciones.

Es así como se llega a la era posmachista y su doble referencia alrededor del concepto “era”, como espacio en el que transcurren los acontecimientos, y como tiempo, un periodo caracterizado por ser la consecuencia de todo un proceso evolutivo que busca la quiebra para evitar que se continúe por esa senda. Es en esta era donde aparece la condición posmachista como una nueva forma de reaccionar a los acontecimientos sociales, políticos y culturales que se aglutinan a finales del siglo XX, como parte de un contexto posmoderno que permitió entenderlos con un significado diferente a lo que hasta entonces había sido el movimiento de mujeres y sus reivindicaciones. Al principio pudo tener un carácter más reflexivo y crítico con el patriarcado, al igual que la posmodernidad los tenía con los valores de la Ilustración, pero después fue impregnándose de las subjetividades y de los mensajes posmodernos para afianzarse en su posición de poder. En estas circunstancias la respuesta no nace de una reacción al cambio, como si se tratase de un mecanismo automático basado en el patrón estímulo-respuesta, sino que nace por el cambio, de las nuevas circunstancias generadas por él, no del cambio directamente.

La condición posmachista, al igual que el concepto “era”, también tiene una doble dimensión, por un lado la que hace referencia al estado especial en que se hallan las personas que viven los acontecimientos finiseculares bajo una percepción crítica de amenaza, y por otro, la de tratarse de una situación o circunstancia indispensable para la existencia de otra, que sería detener o cambiar el curso evolutivo de la lucha por la igualdad para continuar con las referencias del patriarcado.

LOS NUEVOS HOMBRES NUEVOS

El contexto era diferente y los hombres no podían continuar con el mismo camuflaje cultural si querían pasar desapercibidos en el nuevo escenario. Nunca lo habían hecho, su sino es el cambio para permanecer o la permanencia en el cambio, ya lo dijo Lampedusa en palabras del príncipe Don Fabrizio al hablar de “cambiar todo para que todo siga igual” (El Gatopardo, 1958).

Es parte de la camaradería de los hombres, una especie de asunción de roles con sus modificaciones y adaptaciones para lograr que perdure la fraternidad como conjunto de referencias representadas por cada uno de los miembros y cuya supervivencia se basa más en el recambio de las piezas que en el cambio en sí de las pautas, que sólo se modifican como consecuencia de la consolidación de las modificaciones individuales surgidas dentro del grupo.

De esta forma las referencias o valores nunca están en cuestión, pues no se produce un debate sobre ellos ni sobre la necesidad de cambiar, y sólo aquellos cambios que tras una especie de darwinismo social permanecen son los que influyen en la adaptación de los hombres al nuevo contexto, como si se tratase de una asunción pasiva de nuevas formas de conducta y relación sin que en ningún momento entren en cuestión los elementos que definen la posición de poder de los hombres como referencia.

Así, los hombres han abandonado sus posiciones rígidas y distantes y se han aproximado al hogar para salir de él con una nueva indumentaria adaptada a los nuevos tiempos, pero sin que en ningún momento hayan dejado de ser quienes pueden hacer uso de la última palabra y quienes pueden imponer sus criterios como dictados de un bien superior, el mismo orden que los mantiene en una posición más elevada.

Ellos han controlado el progreso y ellos han sido quienes han definido lo que era progresar, y de hecho, cuando se mira con perspectiva el recorrido social en la historia se observan muchas más transformaciones en los hombres que en las mujeres, que siempre han contado con límites de cemento en el hogar y con techos de cristal en la sociedad.

La situación fue distinta a finales del siglo XX, y no por casualidad lo hemos denominado siglo equis-equis o siglo de las mujeres. La referencia del feminismo y la toma parcial del

espacio público por las mujeres levantó un nuevo escenario en el cual no era posible encontrar elementos que permitieran cambios superficiales para adaptarse al entorno y continuar camuflado sobre la invisibilidad. El escenario ya no era sólo una construcción pasiva e inmóvil por el que los personajes se desplazaban según el guión escrito por la cultura, ahora se había convertido en un espacio dinámico y activo en el que los componentes no paraban de desplazarse y de cambiar de manera repetida las referencias. Ante estas nuevas circunstancias muchos hombres entendieron que había que dar un paso más para introducir una transformación que les permitiera ser armónicos con el nuevo decorado y formar parte de él como elementos activos y dinámicos.

Ese contexto transformador y la asunción de nuevas posiciones y estrategias es lo que hemos denominado “posmachismo”.

Los factores y circunstancias que condujeron a la era posmachista hicieron que muchos hombres incorporaran esos valores como parte de su condición, un nuevo status en parte alejado de las posiciones tradicionales del androcentrismo, pero con el sempiterno objetivo masculino de mantener una posición de poder. Eran nuevos hombres en la forma, pero iguales en sus planteamientos y manera de percibir la realidad. Así nacieron los “nuevos hombres nuevos”, una adaptación del cambio continuista para garantizar el recambio sobre la idea de la masculinidad, y no sobre su crítica o rechazo.

Uno de los principales objetivos de los “nuevos hombres nuevos” es contrarrestar y neutralizar los avances de la igualdad y de las mujeres por medio de una estrategia que actúa sobre las diferentes iniciativas que puedan cuestionar la posición de los hombres y las referencias del patriarcado, de manera que la “crítica a la crítica del androcentrismo” se convierta en un respaldo y permita su continuidad. Para evitar el rechazo el posmachismo se reviste de feminidad y busca alianzas con muchas mujeres identificadas con los roles tradicionales asignados por la cultura y así evitar que la credibilidad de las propuestas pueda ser puesta en duda por partir exclusivamente de los hombres, pero, además, se consiguen dos elementos fundamentales para lograr apoyos y para desmontar muchas de las reivindicaciones feministas. Por un lado sus propuestas aparecen cargadas de neutralidad, en el sentido de que no se presentan con una carga ideológica ni en nombre de ninguna posición y existente, como podía ser la del patriarcado, y por otro sus acciones y reivindicaciones van a favor del “interés común”,

no en beneficio de los hombres ni en contra de las mujeres. Estos elementos de neutralidad y de interés común son utilizados a su vez para criticar de forma general, no sólo sobre propuestas o políticas concretas, al feminismo, que es presentado como sectario y en contra de los hombres, algo que intenta cuestionar sus propuestas referentes a la igualdad, libertad y dignidad de las personas.

Con todas estas acciones y con la actitud adoptada, los “nuevos hombres nuevos” consiguen una gran eficacia a partir del camuflaje femenino, la neutralidad de sus propuestas, el objetivo del interés común, la ausencia de carga ideológica identificable y los mensajes aislados e inconexos que buscan un efecto sumatorio. Con estos elementos llegan a neutralizar en la práctica gran parte de las reivindicaciones de las mujeres que son presentadas como sectarias, interesadas, antinaturales y contrarias a los hombres, y por tanto, a la igualdad. De este modo se busca deslegitimar a estas propuestas de las mujeres cuestionando su alejamiento del rol tradicional y demostrar que los hombres pueden asumirlo sin problemas, pero incluso se da un paso más y se afirma que puestos a buscar la igualdad ellos lo hacen mejor que las mujeres a pesar de que haya sido una reivindicación histórica del movimiento feminista, dado que la posición de los hombres busca el interés general, mientras que la de las mujeres sólo intenta conseguir beneficios para ellas.

Esta idea no es nueva, y podríamos llamarla gráficamente como el “*síndrome o la paradoja del Chef*”, y quedaría resumida bajo el argumento de que los hombres pueden hacer todo lo que hacen las mujeres, incluso aquellas tareas llevadas a cabo habitual y tradicionalmente por ellas, y hacerlo mejor, mientras que ellas no pueden llegar a muchas de las posiciones de los hombres.

Es la estrategia de los “nuevos hombres nuevos”, que utiliza las referencias de la cultura para reforzar las posiciones masculinas ahora por medio del cuestionamiento de las críticas al patriarcado. En el fondo se trata de reforzar la idea de base sobre su teórica transformación con conceptos que impactan en la forma, pero que dejan intacto el contenido de fondo: “nuevos hombres nuevos”, “crítica de la crítica”, “cambiar para seguir igual”, el “hombre-hombre” o el “hombre de verdad”,... todo son argumentos más cercanos al marketing que a un posicionamiento reflexivo, pero que consiguen

desorientar que la confianza se asiente en lo considerado como sólido y valioso, que es lo tradicional.

BIBLIOGRAFÍA

Lorente Acosta, Miguel. Mi marido me pega lo normal. Editorial Crítica, 2001. Edición de Bolsillo, 2003

Lorente Acosta, Miguel. El Rompecabezas. Anatomía del maltratador I. Editorial Crítica, 2004.

Lorente Acosta, Miguel. Los nuevos hombres nuevos. Editorial Destino. Barcelona 2009.